

El Primer Apagón

Por Luis F. Brizuela Cruz



El Zorro de mi infancia fue Julito Martínez y la California donde esa infancia soñó fue la Calle de Martí Sur, en Sancti Spiritus.

Douglas Fairbanks, Tyrone Power y Guy Williams se perdieron en la memoria de mis primeros años de vida, cuando el castrismo empezó a disentir de todo lo americano y desaparecieron las clásicas cintas estadounidenses de los cines cubanos. Estos héroes reaparecerían posteriormente para mí al llegar como adolescente a la libertad a principios de la década del 1970, pero el recuerdo de mi primer Zorro

siempre habría de ser el simpático guajiro de Quemado de Güines.

En los primeros años de los 1960 y con los ya menguantes recursos mi madre me confeccionó un traje de Zorro (sábana y sombrero teñidos de negro) y el resto del efecto de aquella aventura personal infantil lo completarían una espada de palo y los primeros apagones de una isla que habría de vivir en las tinieblas por más de medio siglo a partir de aquel entonces.

Pero en ese entonces pocos se habían percatado de que lo que acontecía era el comienzo de la más total y espantosa decadencia. Ya algunos cubanos habían despertado a la cruenta realidad y muchos de ellos se habían marchado. Otros sin embargo seguían alentando la esperanza que aquel sistema de promesas “equitativas” eventualmente cogería su rumbo, sobre todo si el pueblo se sacrificaba e ignoraba las nuevas anormalidades -como los ocasionales apagones que tornaban nuestras cálidas noches en novedades y que acercaban a los vecinos a conjeturar disimuladamente en las aceras sobre “lo que estaba pasando” en el país.

Mientras nuestros mayores trataban de esclarecer su colectiva confusión, nosotros los “fiñes”

tratábamos de evadir su supervisión alejándonos un poco de nuestras viviendas, persiguiendo la emoción de las calles a oscuras, pero aun seguras de nuestra villa espirituana. Yo me encapotaba con mi atavío del sagaz justiciero y me adentraba en la noche en busca de alguna aventura. Sancti Spíritus no sería la California de 1830, pero su estructura colonial española ofrecía el marco perfecto para el ensueño de un niño con una vivaz imaginación. Y hacia la tenebrosa noche partía el pequeño Zorro, haciendo pausas en lugares icónicos de nuestro barrio como los ventanales de la casa de la familia Manso, los portones de la Colonia China o incluso un poco más lejos en el Boquete del Coco.

Aumentaron los apagones y se ensombreció aun más el seño del cubano. Miles más partieron, otros dejaron sus vidas en el Escambray o en las mazmorras de las cárceles fidelistas. Yo me vi repentinamente, junto a decenas de amigos y amigas de la Secundaria Básica José Martí, en una guagüita amarilla rumbo a los internados de Banao, Pojabo y Flor del Campo para ayudar agrícolamente a la revolución como parte de la Escuela en el Campo. Y atrás quedó el traje de Zorro espirituano, guardado para siempre en el closet que había debajo de la

escalera que conducía al segundo piso de Martí # 13 Sur.

La escasez, la desesperanza y carencia de libertad fueron diluyendo el orgullo, el ánimo y hasta la dignidad del pueblo y cada apagón ya era presagio constante de una sociedad condenada y abandonada a su incierta suerte. Las nuevas generaciones de cubanos habrían de nacer bajo el luto del hambre, la carencia de lo más esencial y la desfachatez, pero particularmente cada vez más escasos de Luz. La infraestructura total de la isla prisión quedaría cada vez más rezagada en mantenimiento y sin actualización como ejemplo claro de la fallida revolución. Reducir y alternar drásticamente el uso de energía habría de convertirse en el único modo de evitar un colapso total del sistema energético, o la carencia del mismo, en la tierra que el tiempo simplemente olvidó.

Medio siglo después, mis amigos de aquella inocente infancia espirituana hoy tratan de conciliar su sueño en las candentes noches de verano y con sus teléfonos móviles -“recargados” desde afuera y cargados en las pocas horas de electricidad de allá- a veces nos despedimos cerca de la medianoche, esperanzados desde las dos orillas, de que mañana regresará la Luz.

En 1965 mi padre colaboró en traer a Julito Martínez, en calidad de Zorro, al espectáculo del rodeo de nuestra ya decadente Feria Ganadera espiritvana. Fue uno de los últimos trabajos realizados por mi viejo que se relacionaban con las promociones de eventos de similar naturaleza. Su vida, al igual que la de tantos cubanos emprendedores, había sido cuarteada desde que la revolución eliminara el deporte profesional en Cuba y otras “inmoralidades” del vil capitalismo. Aquella noche conocí personalmente al Zorro cubano y a los Hermanos Malpica, y por un breve instante Julito me colocó sobre el lomo de Tornado. Fue uno de los grandes momentos en la vida de aquel muchachito que se vestía de negro y salía a librar sus colosales aventuras en aquellas primeras noches espiritvianas de apagones.